

El alegato histórico de la antigua Compañía de Jesús en la obra de Guillermo Furlong

Carlos A. Page

Son cuantiosos los textos laudatorios dedicados a este notable historiador argentino, como así también numerosas las publicaciones y reconocimientos académicos que se le hicieron en vida y después de su fallecimiento, que incluso trascienden las fronteras argentinas. Entre ellos se destaca la catalogación de Geoghegan (1975), que relevó 1974 títulos, entre libros, folletos, artículos especializados y hasta incluso un fondo de obras inéditas hoy aparentemente perdidas, que escribió durante sus 63 años de intensa labor. El mismo Geoghegan, en oportunidad que la Junta de Historia Eclesiástica dedicara un número a su persona, escribió una excelente biografía de Furlong (1979). De tal manera que se nos dificulta bastante poder escribir algo original de quien es para todos los estudiosos de la Compañía de Jesús de la región una guía inconmensurable. Por ello comenzaremos, con ubicarnos en el contexto historiográfico de la orden religiosa de la que fue parte, para avanzar hacia nuestro singular personaje a través de algunos testimonios. Porque creemos que, en definitiva, Furlong fue producto de una continua motivación de la Compañía de Jesús por valorar su propia historia.

Antes de Furlong y la apertura de profundas huellas

Al referirnos al P. Guillermo Furlong, no podemos dejar de soslayar la que llamamos trilogía, que conformó junto con el español Pablo Hernández y Gimeo (1852-1921) y el alemán Carlos W. Leonhardt Hoffmann (1869-1952), con respecto a la revalorización de la historia de la Compañía de Jesús en la región. Una reivindicación que tuvo su origen a fines del siglo XIX, cuando en la XXIV Congregación General de la Compañía de Jesús celebrada en Loyola en 1892 se eligió como superior general al español Luis Martín García (Eguillot, Revuelta y Sanz de Diego, 1988).

Se había atravesado por un siglo cargado de serios problemas para la supervivencia de la orden y, por consiguiente, de sus nutridas bibliotecas y archivos, sobre todo en Italia desde la supresión (1773), la guerra con Austria y la violenta serie de expulsiones comenzadas en 1848. También en España con nuevas y continuas supresiones (1820-1835-1868)¹⁸, entre otros hechos como las guerras carlistas.

¹⁸ En Argentina, Rosas los trajo en 1836 y los expulsó en 1843, pero los jesuitas de Buenos Aires se dispersaron fundando residencias en San Juan y Catamarca, dentro de la Confederación. A su vez fueron a Montevideo, Porto Alegre, a la isla de Santa Catalina en Brasil y a Santiago de Chile. Este conjunto de domicilios formó la que llamaron misión del Paraguay, en la que el P. Bernardo Parés fue nombrado superior, y luego fijó residencia en Montevideo. Rosas impidió en 1848 que se establecieran en Mendoza y forzó a otros gobernadores a expulsarlos de la Confederación. Los pocos jesuitas que quedaron pasaron a Sucre. Volvieron a Buenos Aires en 1854 y poco a poco se fueron instalando en el resto de las provincias. También se sumó Chile, con lo que en 1868 pasó a llamarse misión chileno-paraguaya, con sede en Santiago, y en 1881 en Buenos Aires. En 1911 pasó a llamarse misión Chileno-Argentina y en 1918 alcanzó el rango de provincia. Se agregó Asunción en 1927 y Bolivia en 1940, que luego se desprendieron (Hernández, 1914).

Ante este panorama, el general Martín propuso el traslado del valioso archivo de Roma a Exaten, Holanda, continuando la idea de su predecesor que llevó importantes fondos a Madrid. Todo retornó al flamante edificio de la Curia Generalicia de la Ciudad Eterna recién en 1939, con el inventario y catalogación que tuvo a su cargo el archivero P. Van Meurs (Teschitel, 1954). También el P. Martín, siguiendo los postulados de la Congregación, autorizó la edición de un Atlas geográfico-histórico de la antigua Compañía y de la restaurada, que llevó a cabo el P. Luis Carrez (1900), sumando la publicación de fuentes documentales, y una selección y formación de jesuitas encargados de escribir la historia de cada Asistencia.

El navarro José María Vélez (1843-1902) asistió a aquella congregación en Loyola en la que presentó al general la publicación de la *Monumenta Historica Societatis Iesu*¹⁹. Fue aprobada y quedó designado el propio P. Vélez como director de la investigación para las tres provincias españolas. Fue entonces que comenzaron a publicarse documentos en cuadernos mensuales de 160 páginas, reunidos luego en volúmenes. Una manera no solo de preservar sus archivos sino también de frenar los incesantes embistes contra la Compañía. Vélez fue sucedido en 1897 por su amigo y colaborador Cecilio Gómez Rodeles (1842-1913).

Fue un trabajo que se extendió a la publicación de las historias de cada una de las Asistencias distribuidas en el mundo. De tal manera que el general Martín formó una comisión para establecer una metodología de escritura. Para ello designó a varios sacerdotes que se dirigieron a Roma, donde el jesuita alemán, director de la biblioteca vaticana y con el tiempo cardenal, Franz Ehrle les dio una serie de conferencias estableciendo normas por las que deberían guiarse y seguimiento en sus trabajos (Gerlich, 2001). Entre ellos se encontraba el navarro Antonio Astraín (1857-1928), que escribió sobre las cuatro provincias españolas y las seis de América y Filipinas en seis tomos aparecidos entre 1912 y 1925. Contó con varios colaboradores, tanto historiadores como amanuenses.

Entre ellos se encontraba el P. Pablo Pastells (1846-1932), quien luego de su paso por Filipinas regresó a España en 1893. En 1904, luego de valorar su trabajo, el asistente de España —es decir, el que estaba por arriba de todos los provinciales, Juan José de La Torre— lo presentó al general Martín para que colaborara con Astraín. Fue entonces que al año siguiente se instaló en el Archivo General de Indias,

¹⁹ En este sentido el provincial de Castilla Juan Nepomuceno Lobo publicó las cartas de san Ignacio en tres tomos aparecidos entre 1874 y 1877, aunque del cuarto al sexto se encargó el P. Vélez, publicados entre 1887 y 1889. Posteriormente, el P. Vélez publicó las Constituciones, que revisó exhaustivamente, ayudándolo el P. Gómez Rodeles y dadas a la imprenta en 1892.

donde permaneció hasta poco antes de su muerte. Durante aquellos años y con la ayuda de doce amanuenses formó 116 volúmenes de copias de documentos enteros y 135 de extractos, entre índices y notas miscelánicas. Sus fichas se conservan en la casa de Granada, donde personalmente pudimos verificar y contrastar la pérdida de algunos documentos del archivo. De esa labor llegó a publicar tan solo cinco tomos de extractos, desde 1912 a 1933. Los siguientes y últimos cuatro tomos los publicó junto al P. Francisco Mateos entre 1946 y 1949.

También colaboró con Astraín el P. Hernández, quien fue enviado a América en 1878 como profesor de ciencias naturales, física y química en los colegios de Santiago de Chile, Santa Fe y Buenos Aires, regresando a España en 1885, donde cursó teología. Volvió a Buenos Aires en 1895, y cuatro años después se le encargó redactar la historia de los poblados del Paraguay, con el pleno apoyo del general Martín y del mencionado Gómez Rodeles, que por entonces era, como dijimos, director de la *Monumenta*. Recorrió los archivos de Asunción, Buenos Aires y Río de Janeiro, pero también el Archivo General de Indias, donde trabajó un año y medio (antes que Pastells), sumando también varios archivos públicos de Madrid, hasta incluso fue a la biblioteca de los bolandistas en Bruselas. También estuvo en Alemania y sobre todo en Roma, donde consultó varios archivos, extendiendo su viaje a Italia por los sitios donde estuvieron los expulsos. De cada archivo fue tomando una enorme cantidad de apuntes que quedaron en el archivo que iba formando en Buenos Aires. Visitó los restos arqueológicos de los poblados en tres viajes que hizo en 1901, 1902 y 1903, tiempos en los que no era tan fácil llegar a aquellos abandonados lugares. Volvió a España en 1911, y con enorme esfuerzo publicó en dos tomos una obra clásica, como es *Organización social de las doctrinas* (1913), entre otras no menos importantes (Medina, 2001).

En Buenos Aires, el P. Hernández dejó sus apuntes y recuperó algunos documentos originales que se ubicaron primero en el Colegio del Salvador y luego en el lamentablemente desaparecido Archivo de San Miguel²⁰.

Volviendo a la *Monumenta*, diremos que muchos años después se comenzaron a publicar *Monumentas* particulares para el caso de América, donde Antonio de Egaña y luego Enrique Fernández hicieron lo propio con la provincia peruana (1954-1986), Serafim Leite sobre Brasil (1956-

²⁰ Al morir el P. Furlong, como verdadero custodio de ese archivo, los jesuitas de Argentina comenzaron a prestar documentos que no se devolvieron, donar otros a museos, como tenemos verificado. Años después los despojos de ese archivo se trasladaron nuevamente a la biblioteca del Colegio del Salvador.

1968), Félix Zubillaga y luego Miguel Ángel Rodríguez con la de México (1956-1991). Pero todas ellas a lo sumo llegaban hasta 1605. En el caso de la antigua provincia del Paraguay, el profesor de historia del Colegio del Salvador, el mencionado Leonhardt, propuso hacerse cargo de la *Monumenta Paraguaya*. Pero su trabajo quedó trunco. Con mucho esfuerzo y después de que consiguiera del archivo de los jesuitas de Roma una fotografía que le envió el hermano José Wénzel en 1910 de cada uno de los casi 1500 folios de los tres tomos y otro suelto que conforman la colección, llegó a transcribir del latín todas las Cartas Anuas en decenas de pequeños cuadernos. Pero solo logró publicar en dos volúmenes las ubicadas en el periodo 1609-1637, quedando siete en preparación. Cabe destacar que en el primer volumen menciona una serie de manuscritos que relevó en diversos archivos del mundo, contemporáneos a cada Anua, para completar las noticias de estas, es decir, su ambicioso proyecto de *Monumenta* (como lo escribe desde Chile en carta de 1919), mencionando documentos de diversos archivos públicos y privados de Brasil, Alemania, Bélgica, Inglaterra, España, Italia, Argentina (Leonhardt, 1927-1929).

Unas menciones individuales merecen los historiadores jesuitas locales, como por ejemplo el P. Juan Pedro Grenón (1878-1974), quien también comenzó a recolectar documentos y escribir numerosos libros y artículos sobre la Compañía en Córdoba²¹. Incluso formó un hoy desaparecido museo en la propia residencia de aquella ciudad. Contemporáneo y con las mismas pasiones fue el P. Oscar I. Dreidemie (1903-1969), cuya colección de arte jesuítico la donó al museo de Jesús María, que fue la base fundamental de su patrimonio. Pero sobresalió el español P. Joaquín Gracia (1869-1944), cuyo ordenado libro fue una crónica aparecida para el IV Centenario de la orden impulsada por el provincial Luis Parola y que continuó escribiendo desde Buenos Aires en 1935, cuando allí fue trasladado, luego de ocho años de residencia en Córdoba. Un libro apologético, pero como escribe Carbia en el prólogo, “de hondo, severo y luminoso reajuste crítico”. Quizás por estas cuestiones anteriores y la talla de estos historiadores, Furlong nunca escribió sobre Córdoba o al menos solo un par de artículos referidos a la imprenta, al Deán Funes y su contemporáneo como admirado monseñor Pablo Cabrera.

²¹ Su primer trabajo fue un folleto sobre la ermita de los santos Tiburcio y Valeriano, antecesora de la iglesia jesuítica, publicado en 1916 con el seudónimo de Terencio Baggio. Un trabajo que fue probado equívoco con los años y sucesivas investigaciones, pero el mismo Grenón fue mejorando con otras publicaciones aparecidas en 1920 y 1938.

Marchando por el camino de la historia

Furlong era hijo de una familia de inmigrantes irlandeses que se instalaron en Santa Fe. Sus padres se casaron en la iglesia católica de San Pablo de Villa Constitución en 1885. Al año siguiente el matrimonio tuvo su primera hija, y Guillermo — nacido el 21 de junio de 1889 en la colonia irlandesa de Arroyo Seco (por entonces llamada Pueblo Aguirre)— fue el segundo de los ocho hermanos. Al poco tiempo se mudaron a Rosario, y enviaron al niño al colegio británico de San Bartolomé²², seguramente para que aprendiera la lengua de sus padres, como lo hicieron muchos empleados británicos del ferrocarril. A los 13 años continuó sus estudios en el colegio de la Inmaculada en la ciudad de Santa Fe. Fue allí donde se le despertó la vocación de ser jesuita y en 1903 ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús. Al concluirlo, dos años después, viajó a España y luego a Estados Unidos, donde completó sus estudios alcanzando su doctorado en filosofía, aunque nunca nadie se refirió a él como doctor, sino simplemente como el padre Furlong. Recordemos también que luego de volver a la Argentina en 1913, regresó a Europa en 1920, y en Londres profesó su tercera probación. De allí que Furlong admirara a los pueblos de habla inglesa y, sobre todo, la enseñanza del país del norte, que no dejaba de demostrar en su cotidianidad.

Pero no es nuestra intención brindar datos biográficos, sino solo algunas huellas generales. El joven Guillermo Furlong cuando regresó a Europa estuvo cuatro años en España, donde conoció al P. Pastells en el Archivo General de Indias, que comenzó a frecuentar. Cuando volvió a Buenos Aires en 1925 se encontró con el P. Leonhardt, que llegó al Colegio del Salvador cinco años antes, pero no así al P. Hernández, que volvió a España en 1911. Ambos jesuitas ya habían trabajado en sus mejores obras y paralelamente formaron un archivo de documentos jesuíticos significativo, que Furlong utilizó y acrecentó, con material de sus viajes a archivos intercontinentales.

No podemos soslayar que una parte importante de su vida la ocupó en el ejercicio del sacerdocio, comenzando el día con el oficio de la misa de la iglesia del Colegio del Salvador. Trabajó asiduamente con la juventud, predicando en innumerables Ejercicios Espirituales y como capellán del Hospital Británico, además de escribir, siempre escribir. Tan importante fue su actuación sacerdotal y pastoral que el Senado colocó su nombre en la terna para obispo de Santa Fe, candidatura que resignó.

²² La consolidación de la compañía británica de ferrocarril promovió que en 1868 llegara a Rosario un presbítero anglicano llamado Williams T. Coombe (1840-1878), con la finalidad de establecer una iglesia y un colegio para los hijos de los trabajadores de la empresa. Junto al templo se levantó una humilde escuela que comenzó con la enseñanza de la lengua inglesa y se convirtió luego en el prestigioso Saint Bartholomew's Day School o colegio inglés.

Como también entregó a su superior el jugoso premio monetario que le otorgó la provincia de Santa Fe en 1972 por su producción intelectual, en cumplimiento de su voto de pobreza, a pesar de estar siempre endeudado con sus editores. Me viene a la memoria un recordatorio que se hizo en la Manzana de las Luces, donde uno de esos editores contaba que los libros de Furlong no se vendían; diferente a lo que sucede en la actualidad, que son tan buscados, por lo cual advertí que cierta literatura no está escrita solo para sus contemporáneos, sino sobre todo para futuras generaciones.

Tempranamente, Furlong se relacionó con los círculos académicos de su tiempo como el Instituto “Emilio Ravignani” de la Universidad de Buenos Aires, que había publicado la obra del P. Leonhardt. No solo trabajó con el mismo Ravignani, sino también con Ricardo Levene y José M. Torre Revello de la Academia Nacional de la Historia, hijos de inmigrantes como él, entre muchos otros historiadores.

Los recuerdos de dos contemporáneos y un final

Llegados a este punto, nos gustaría seguir los escritos sobre Furlong de dos personas que bien lo conocieron, yo los conocí a ellos y me hablaron mucho de quien consideraban su maestro: Néstor T. Auza (1927-2013) y Alberto S. J. de Paula (1936-2008). El primero fue uno de los dos oradores en el homenaje que las quince Academias Nacionales de nuestro país le hicieron a Furlong²³. Mientras que Alberto, además de haber sido mi director de tesis doctoral en el Salvador, escribió sobre Furlong en una publicación dada a conocer después de su muerte (2011).

En el discurrir de su discurso, Auza (1992) recuerda muchos momentos de grata amistad vividos con Furlong, al punto de que en alguna ocasión el mismo jesuita le proporcionaba sus textos, con profunda humildad, para que los leyera y opinara. Pero sobre todo transcribe frases o palabras que el mismo Furlong le había manifestado en alguna oportunidad, como ideal personal: “He querido ser eminente como hombre, como sacerdote y como historiador”. Hablando de su carácter, escribe Auza:

su indomable energía que movilizaba sus trabajos y aún le sobraba para ofrecerla en servicios a su prójimo, en el campo

²³ El acto se realizó en la sede de Academia Nacional de la Historia el 27 de octubre de 1992. Hicieron uso de la palabra el presidente anfitrión Dr. Ricardo Zorraquín Becú, que dio inicio al acto, y las conferencias de Roberto José María Arredondo y Néstor Tomás Auza.

intelectual de la caridad. Ocasionalmente, en forma casi involuntaria, alguna vez esa fuerza asumía su vigor primario, la forma de impulso excesivo, la manifestación de un irreprimible enojo, una visible irritación, pero ello no duraba más que lo que permanece el brillo de una estrella fugaz.

Un temperamento particular que muchos han señalado.

Auza insiste en la generosidad de Furlong, quien no dudaba en ofrecer sus conocimientos, facilitar libros o documentos originales a quien lo requería. Sobre todo, desde la rica biblioteca del colegio donde acudían prestigiosos estudiosos, de la que él era su director. Incluso me vuelve a mi memoria un encuentro en Resistencia con Magnus Morner, cuando me contó que él conoció las misiones jesuíticas de la mano del mismo Furlong, que siendo aquel muy joven lo llevó a recorrerlas en tiempos en que a algunas de ellas solo se accedía por canoas y luego avanzando por la selva con machete. Fue la inspiración para escribir su famosa tesis doctoral sobre las misiones jesuíticas.

Efectivamente, de Paula reafirma que:

Uno de sus aportes valiosos en términos generales fue el impulso y desarrollo que, con su ejemplo y su enseñanza (a través de sus discípulos, y con su propia obra), le dio a la historia documentada. Es un aspecto no exclusivo, pero propio de su personalidad y que en su caso adquiere una dimensión importante por el volumen de trabajo a lo largo de su vida. Y también por la cantidad de discípulos de todas las edades que tuvo, hecho que lo llevó a propagar ese modelo de trabajo.

Furlong utilizó varios seudónimos como Nicolás del Castillo, Juan Cardiff, Tres Ves, Mariano Lozano, Francisco Talbot, entre otros que desconocemos, que el erudito Mario Tesler (1994) contabilizó hasta 389 y que lo hacía según Auza: “para no recargar las publicaciones con su nombre”. Pero también es sabido que acostumbraba regalar escritos inéditos a sus amigos y que no en pocas oportunidades esos mismos los publicaron con sus nombres. Alónimos de los que el mismo Tesler da varios ejemplos.

De Paula bien agrega en un momento que:

Hay aspectos de la obra de Furlong que le son propios y exclusivos y que, de no haber existido él, habrían quedado sin trabajarse; y si alguien los hubiera retomado en otro momento, tal vez le hubiera dado mucho trabajo lograr los avances que hizo él, y las conclusiones hubieran sido otras, y los aportes al conocimiento hubieran sido distintos.

Tengamos en cuenta que de Paula manifestó esto en 1999, y que un cuarto de siglo después las facilidades para los actuales investigadores cambiaron sustancialmente con la comunicación y acceso a fuentes documentales y bibliográficas.

Ideológicamente Furlong pensaba como todos los de la generación de 1920, pero con el tiempo fue mutando al punto de volverse rosista, historiográficamente un paradigma antiliberal, y cuando de Paula le pregunta cómo, si Rosas expulsó a los jesuitas, Furlong le respondió: “Es que merecían ser echados (risas)”.

Una vida ordenada, severa y ascética no podían dejar de producir un hombre notable, uno de los mejores historiadores que dio nuestro país. Recibió honores en vida, sin buscarlos (como se suele hacer), dentro de una sociedad que no escatimaba los reconocimientos. Aunque también, y con el tiempo, no existieron pocos colegas que utilizaron sus trabajos sin citarlo y, últimamente, con críticas injustas ante la rivalidad de aquellos que jamás podrán alcanzarlo. Ya lo decía de Paula que: “entre los jesuitas actuales hay quienes lo menosprecian porque lo tienen por antiguo”, agregando que: “desde el punto de vista de la historiografía, sigue siendo un aporte considerable”, con lo que coincidimos plenamente²⁴. Es más, comparando con algunos de sus contemporáneos, escribe de Paula: “Furlong siempre es una prosa con opinión” y agrega: “puede decirse que Furlong ‘generó’ un estilo para muchos escritores católicos”.

Las líneas de investigación de Furlong germinan en el género biográfico, luego de recorrer por tan solo un año cuanto archivo se cruzó en Europa. Así nos relató Auza personalmente, al conversar sobre la cantidad de archivos y documentos que cita en sus obras. La Compañía de Jesús lo alentaba de tal manera, como dice de Paula, que un sacerdote muy importante le había manifestado de joven: “Tienes que ir a París y no hace falta que te lo explique. Cuando estés allí te vas a dar cuenta del por qué”, en tiempos que viajar no era tan fácil, aunque no le faltaría alojamiento en las innumerables casas de los jesuitas que lo albergaban. De tal manera que, si bien ya tenía varios títulos de múltiples temas en su haber desde 1912, en 1919 escribe un artículo sobre el astrónomo jesuita Buenaventura Suárez, al año siguiente sobre Iturri, Falkner, Frías y Herrán, pero en realidad eran avances y pequeñas incursiones en el tema jesuítico, pues paralelamente irrumpía en otras cuestiones. Aquellas biografías que previamente se plasmaron en una especie de catálogo, como lo fue el libro *Los jesuitas y la cultura rioplatense* (1933, ampliado en 1946), y posteriormente la serie de *Escritores coloniales rioplatenses*, que ampliaría los aportes culturales colectivos como los dedicados a

²⁴ De hecho, recientemente hemos escrito un artículo que lo iniciamos así: “Confesamos que cuando abordamos algún tema referido a los poblados de guaraníes cristianos, indefectiblemente no podemos dejar de consultar al P. Furlong” (Page, 2023)

los naturalistas, arquitectos, artesanos, médicos, matemáticos y otros que quedaron perdidos de la serie *Argentinos durante la dominación hispánica*. También se encargará de reconstruir la historia de dos colegios caros a su memoria y en varios tomos, como el del Salvador (1944), donde enseñó, y la Inmaculada de Santa Fe (1962), donde estudió.

Este último año publicó su obra largamente madurada: *Misiones y sus pueblos de guaraníes*. Libro en el que Furlong fue muy crítico de otros autores, como bien señala de Paula: “A un historiador paraguayo²⁵ le dice ‘insigne coprófilo’”. En otros casos, escribe que “abundan en especies tan de orates”. A Leopoldo Lugones le dedica párrafos muy violentos porque *El Imperio Jesuítico* le fastidió profundamente. Y tenía razón. Agreguemos que en cierta forma se niega a definir estos poblados como “utopía”, porque no lo fueron por propia definición, sino un producto original en la historia, seguramente inspirado en Platón o Moro, pero real, no ficticio como se lo pretende aún hoy calificar para bajarle el precio, como una forma de vida imposible. Es más, Furlong, como muchos, consideran un tiempo y un espacio de “cristianismo feliz” y creemos que no lo fue totalmente.

Alargaríamos demasiado el texto si incluyéramos sus valiosas obras sobre cartografía, y sería tedioso e inoportuno para la ocasión profundizar en cada una de estas obras y de muchas otras que no son del género histórico, colaterales y auxiliares y ni siquiera sobre los jesuitas, que es el tema en el que más se destacó o por el que más lo conocemos los que seguimos esa línea de investigación.

La sorprendente producción intelectual de Furlong dejó un itinerario cultural que brilla con el esplendor de los dotados de sensibilidades diferentes. Cuenta Auza que después de que Furlong cumplió ochenta años, le manifestó al provincial que le pusiera un ayudante porque tenía al menos dieciocho obras en preparación y temía que no las pudiera concluir. Lamentablemente, la gestión de Auza no tuvo éxito y quedaron aquellas y otras obras inéditas, que luego la mayoría se perdió. Furlong falleció a los 85, un día antes de que cumpliera años, en el subte, camino al Archivo General de la Nación. Muchos colegas y amigos no perdieron el “recuerdo perenne de su calidad espiritual, de su sencillez, de su generosidad”, escribió Auza. Ya deben existir muy pocas personas que hayan tenido trato con Furlong, pero para nosotros ha quedado su obra, que reconocemos con gratitud por habernos abierto el camino. Y cuando pensábamos que ya todo estaba escrito, él en realidad nos dejó muchas puertas abiertas para profundizar.

¡Cómo nos hubiera ennoblecido el alma el solo haber compartido con él un instante para hacerle una simple consulta!

²⁵ Se refiere a Blas Garay.

Referencias

- Auza, N. T. (1992). Guillermo Furlong. El hombre, el sacerdote, el historiador. *Homenaje de las Academias Nacionales al R.P. Guillermo Furlong SJ*. Buenos Aires.
- De Paula, A. S. J. (2011). *Semblanzas de Guillermo Furlong y de Mario Buschiazzo. Evocaciones inéditas grabadas en 1999*. Buenos Aires: Banco de la Provincia de Buenos Aires.
- Eguillot S. J., J. R., Revuelta, M. y Sanz de Diego, R. M. (ed.). (1988). *Memorias del P. Luis Martín, general de la Compañía de Jesús (1846-1906)*. Roma, Madrid, Bilbao: Institutum Historicum Societatis Iesu, Universidad Pontificia de Comillas, Universidad de Deusto, Editorial Mensajero.
- Geoghegan, A. A. (1975). Bibliografía de Guillermo Furlong SJ 1912-1974. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Argentina)*, XLVIII, 401-546.
- Geoghegan, A. A. (1979). Apuntes para una biografía de Guillermo Furlong, *Archivum*, Junta de Historia Eclesiástica Argentina, 13, 31-41.
- Gerlich, R. (2001). Ehrle, Franz. Cardenal, bibliotecario vaticano, escritor. En O'Neill, C. E. y Domínguez, J. Ma. *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*, II. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Gómez Rodeles, C. (1913). *Historia de la publicación "Monumenta Historica Societatis Iesus"*. Madrid: Typis Gabrielis Lopez del Horno.
- Hernández S. J., P. (1914). *Reseña histórica de la misión de Chile-Paraguay de la Compañía de Jesús*. Barcelona: Editorial Ibérica.
- Leonhardt S. J., C. (1927-1929). *Documentos para la historia argentina. Tomos XIX y XX. Iglesia. Cartas Anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús*. Buenos Aires: Talleres Casa Jacobo Peuser.
- Medina, F. B. (2001). Hernández y Gimeno, Pablo. Historiador. En C. E. O'Neill y J. M. Domínguez. *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*, II. Roma, Madrid: Institutum Historicum Societatis Iesu, Universidad Pontificia de Comillas.
- Page, C. A. (2023). Las minas de oro y la "maligna especie para desacreditar a los jesuitas". *Varia Historia*, 39(79).
- Teschitel, J. (1954). *Archivum Romanum Societatis Iesus*. *Archivum*, 4, 145-152.
- Tesler, M. (1994). *La obra oculta del Padre Furlong*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas".